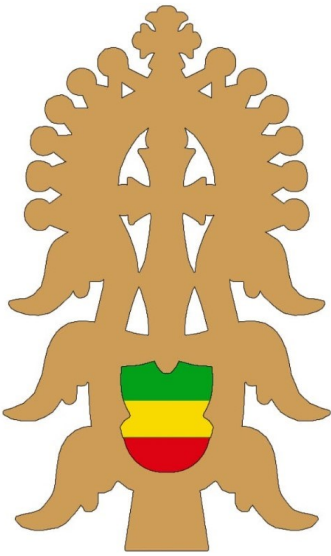




የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

**The Fifth Sunday of Zemene Asterio** (*The Season of Manifestation (Theophany)*)

**Liturgical Readings:**

**1 Cor. 15:12-32; 2 Pet. 3: 10- end; Acts 20: 28 -end**

**Psalms 132:15-16;**

**Luke 12:32-43**

**The Anaphora of Saint Athanasius**

**«Ciñan sus lomos y mantengan encendidas sus lámparas»**

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados fieles en Cristo, hoy las Sagradas Escrituras nos llaman a despertar nuestros corazones a la vigilancia, a vivir siempre en la expectativa del Señor y a recorrer el camino de la santidad al que estamos llamados. Nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio según San Lucas: «No temáis, pequeño rebaño, porque ha placido a vuestro Padre daros el reino. Vended lo que poseéis y dad limosna; haced para vosotros bolsas que no se envejezcan, un tesoro en los cielos que no se corrompe, donde ningún ladrón se acerca y donde la polilla no destruye. Ciñan sus lomos y mantengan encendidas sus lámparas; y sean como hombres que esperan a su señor» (Lc 12,32–36). Aquí, el Salvador nos exhorta a la preparación espiritual. El «pequeño rebaño» al que se dirige son los fieles, aquellos que no confían en la seguridad efímera de este mundo, sino en la promesa de la vida eterna. «Ceñir los lomos» significa prepararse para el servicio, como los siervos de antaño se ceñían para trabajar, y «mantener las lámparas encendidas» significa conservar la luz de la fe, la esperanza y la caridad, iluminando el mundo con el testimonio de santidad.

San Pablo nos recuerda en su Primera Carta a los Corintios: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe» (1 Cor 15,14). Pero Cristo verdaderamente ha resucitado, siendo las primicias de los que han dormido; y por medio de Su resurrección, los fieles tienen la certeza de la victoria sobre la muerte y el sepulcro. Así como los patriarcas aguardaban las promesas de Dios, nosotros también estamos llamados a esperar con perseverancia, ceñidos de virtud y ardientes en la luz de la fe, para que podamos participar en la resurrección. El salmista declara: «Yo saciaré abundantemente su necesidad; a sus pobres saciaré con pan. También vestiré a sus sacerdotes de salvación, y sus santos cantarán con júbilo» (Salmo 132,15–16). La bendición de Dios está preparada para quienes le sirven con corazón vigilante; Su provisión es espiritual y eterna.

El apóstol Pedro nos advierte acerca del día del Señor: «los cielos y la tierra serán disueltos con ferviente calor», y toda vida santa debe ser vivida en la espera de aquel gran y temible día (2 Pe 3,10–fin). En esta advertencia vemos la urgencia de mantener encendidas nuestras lámparas espirituales, porque nadie conoce la hora de la venida del Señor. Los siervos vigilantes y orantes serán recompensados, mientras que los negligentes enfrentarán el juicio. Esto resuena con las palabras de nuestro Señor en la parábola de las diez vírgenes (Mt 25), donde las prudentes, cuyas lámparas están llenas y encendidas, entran con el novio al banquete nupcial, mientras que las insensatas quedan afuera.

En los Hechos de los Apóstoles, San Pablo exhorta a los ancianos de la Iglesia: «Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño, en el que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia de Dios, la cual ganó con su propia sangre. Yo sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos crueles, que no perdonarán al rebaño» (Hch 20,28–30). Aquí escuchamos un llamado a la vigilancia, no solo por nuestras propias almas, sino también por las almas que nos han sido confiadas, para custodiar la Iglesia como la Esposa de Cristo, alimentar al rebaño con la Palabra y guiarlo con humildad, vigilancia y fidelidad. En esta responsabilidad, nuestros lomos deben estar ceñidos y nuestras lámparas siempre encendidas, porque el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche, repentino e inesperado.

Vemos en las Escrituras el constante llamado a la preparación. José, el patriarca, permaneció fiel y vigilante en Egipto, preservando muchas vidas durante la hambruna. Daniel, en el exilio, oraba y permanecía fiel, su lámpara de justicia brillando en la oscuridad de Babilonia. Los profetas, Juan el Bautista y los apóstoles muestran el ejemplo de la vigilancia requerida de los fieles. El Señor mismo advierte: «Velad, pues, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Lc 12,40). Y la parábola continúa: «Bienaventurado aquel siervo a quien su señor, al llegar, halle así trabajando» (Lc 12,43). La bendición de los vigilantes es eterna, porque alinea nuestra voluntad con la de Dios, transforma nuestras obras en luz y sostiene nuestra esperanza incluso en las sombras de este mundo.

¿Qué aprendemos, entonces, de estas palabras sagradas? Primero, que no debemos confiar en las seguridades efímeras de este mundo: la riqueza, la comodidad y el poder humano se marchitan como la hierba y se desvanecen como la flor. Segundo, que nuestra mirada debe estar siempre dirigida a los tesoros celestiales, frutos de obediencia, misericordia y amor, que ningún ladrón puede robar ni ninguna polilla destruir. Tercero, que la vigilancia es tanto personal como comunitaria: nuestras almas deben estar preparadas, y debemos velar por el rebaño, nutriéndolo con la Palabra y guiándolo con cuidado. Finalmente, comprendemos que la venida del Señor puede ser repentina, pero Su tiempo es perfecto, y los que estén preparados heredarán la alegría de Su Reino.

Por lo tanto, amados, ciñan sus lomos con virtud y humildad, mantengan sus lámparas encendidas con caridad, paciencia y oración. Que sus corazones estén despiertos ante los signos de Su venida, sus manos activas en el servicio, sus labios en la alabanza y sus vidas testimonio de Su gloria. No se fatiguen ni se dejen seducir por los placeres de este mundo, porque la noche es corta y el día del Señor está cerca. Sean como siervos fieles, preparados a toda hora, para que podamos escuchar de Él: «Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor» (Mt 25,21).

Amados fieles, ciñan sus lomos y mantengan encendidas sus lámparas, porque el Reino de Dios está cerca. Anden en santidad, oren sin cesar, amen sin medida y den a los pobres con manos generosas. Sean vigilantes como los santos de antaño, y fuertes en la fe, porque el Dios Todopoderoso reina, y Su promesa permanece para siempre. ¡Gloria a Aquel que era, que es y que ha de venir!

¡Gloria al Dios Todopoderoso!

Amén.